

## EL CAMINO DE LA INDIFFERENCIA

Claudio A. Rud (1989)

A lo largo de los años, en mi experiencia clínica como psicoterapeuta, fui avanzando en una creciente práctica de la indiferencia; como el mejor, o tal vez el único modo que encontré de vincularme con los que por ahora y provisoriamente llamaré pacientes o consultantes.

Hablo de indiferencia en el sentido de ir perdiendo la necesidad de establecer diferencias, o de tomar en cuenta las "diferencias" que la cultura médica me fue administrando a lo largo de mi carrera universitaria. Que no fue más que la corroboración de la cultura que adquirí desde pequeño, cada vez que me enfermaba y venía el médico a salvar mi cuerpo enfermo, o bien cuando adolescente concurrí a ver a un psicólogo para que salvara a mi mente enferma.

Lo que me resulta sorprendente y hasta paradójico es la impresión de que a medida que fui desapropiándome del hábito de establecer las diferencias, comencé a habitar en ellas. Diría que su presencia no me incomodaba no tenía que hacer esfuerzo alguno para alejarlas de mí, más bien son, hoy día, una modalidad del aparecer de la indiferencia.

Desearía ir por partes o por períodos. Al comienzo me resultaba complicado, casi odioso, establecer "diagnósticos diferenciales" es decir encontrar con precisión cual era el atributo que me permitía ubicar a este sujeto dentro de un cuadro nosológico y no de otro. A veces los síntomas no eran francos otras veces los síntomas parecían combinar dos o más cuadros, ni hablar de aquellos que parecían no figurar en ninguno de los tratados de Psicopatología que hubiese leído. Debía estudiar más al respecto o bien renunciar a este noble propósito de diagnosticar con justeza. Hice esto último. Así fue como desapareció la primera diferencia. Tenía ante mí a un sujeto enfermo en el alma, pero a veces sucedía y cada vez más, cuanto más lo observaba, que su cuerpo se hacía presente de un modo incuestionable, no había manera de no verlo, implicado fastidiosamente, desfigurando al enfermo psíquico. Para ser más preciso figurándolo. Debí abdicar de mi pretensión y así desapareció esta segunda diferencia.

De modo que lo que quedaba ante mí era simplemente un hombre enfermo.

Ahora si me encontraba frente a la realidad, lo que faltaba resolver, según el pensamiento científico, era la teoría y el método que me permitieran decodificar esa "realidad" de un modo verdadero, rigurosamente "verdadero".

De las teorías imperantes en el campo de la psicología era, sin dudas, el psicoanálisis el que mayor seriedad ofrecía, esencialmente porque me aseguraba un marco teórico que daba cuenta del padecimiento global, mas allá de las "apariencias" y con esto descubría un objeto hasta entonces desconocido: el inconsciente y todo el cortejo conceptual que lo acompaña.

El efecto seductor de esta teoría se incrementó cuando en nuevas relecturas el psicoanálisis aclara (aunque esto aun hoy día no esta suficientemente claro para muchos psicoanalistas) que su objeto no es un descubrimiento, en el sentido del acceso a una substancia existente, sino una invención (en el sentido de un objeto científico dentro de un campo científico).

Era sorprendente y al mismo tiempo fascinante poder efectuar, en el campo incierto de las así llamadas ciencias humanas, un efecto de reducción del complejo y oscuro discurso del paciente a un lenguaje claro, preciso, unívoco y fundamentalmente científico. Era la posibilidad de realizar el sueño largamente acariciado de matematizar el discurso, es decir la realidad humana.

Poco duró mi romance, al cabo de un tiempo comencé a advertir que esta reducción oscurecía el fenómeno, mas que aclarar o develar, lo desnaturalizaba. Como si intentara iluminar desde algún lugar alguna zona oscura, oscureciendo de este modo su propia luminosidad. Renuncié entonces a toda forma de inteligibilidad desde algún marco teórico previo y por lo tanto a toda forma de interpretación, del discurso del paciente enfermo. Ya no pude establecer diferencias a partir de algún supuesto saber "científico".

Se ofrecía la fenomenología como concepción de mundo que me acercaba a la descripción, como modo de conocimiento, la reducción fenomenológica mejoraba mi intención de instalarme en el marco referencial interno del otro sin ningún a priori. Entonces me encontré con la psicoterapia de Carl Rogers....Al fin!! una praxis que me permitía la libertad de acceder al otro como un individuo pleno, sin diferenciar su cuerpo de su mente, accediendo a su experiencia orgánsmica, sin diferenciar una nosología ajena y enajenante, al fin una inteligibilidad propia del discurso, que eludía cualquier hermenéutica exterior al mismo.

Finalmente! una relación de ayuda donde la realidad del discurso imperaba sobre cualquier disquisición en torno al carácter falso o verdadero del fenómeno; proposición, verdad y realidad son lo mismo no hay diferencias. Podía asistir al discurso del otro sin adjetivar, sin calificar su carácter verdadero o falso, real o imaginario. Creí haber llegado a la forma de asistencia mas propia y personal, y tal vez haya sido así. Lo personal entendido como algo singular, encontré para mi en ese momento su máxima expresión. Encontré una nueva forma de objetivar, que no diferencia un centro de comprensión de lo real respecto del cual discriminar lo excéntrico. A partir del hallazgo de esta modalidad de asistencia comencé a tratar de encontrar un perfil propio en mi trabajo, así fui incorporando el psicodrama, la bioenergética y en lo que hace al abordaje centrado en la persona, la inclusión creciente de la metáfora como modalidad poetizante de la respuesta reflejo. Contemporáneamente con el uso creciente del lenguaje poético fue creciendo en mi la impresión de perder objetividad. El discurso del paciente al que se le agregaba mi propio discurso comenzó a transformarse en un discurrir, un acontecer que no me permitía diferenciar con claridad donde estaba el sujeto ni el objeto, que fragmento del discurso le pertenecía a él y cual me pertenecía a mí. Creí poder restituir algún centro a partir de un nuevo "sujeto" llamado vínculo. Fue inútil, la realidad se descentraba, no había alojamiento posible para el fenómeno fuera de si. Los olores, los sonidos los sentimientos, la mesa, Juan, el recuerdo, Claudio, las palabras, las formas; constituyen un discurrir totalizante e indiferenciado que se aparece y se constituye en ese aparecerse. Solo es posible estar presente, asistiendo, resonando. Es a este fenómeno al que hoy podría definir como PERSONA. Tal vez solo se trate de una mayor densidad en un continuo. Ya no es posible hablar de ayuda, al menos como una prestación que algún alguien da a otro alguien, si diría que la ayuda habita en la persona, la constituye.

Se abren para mi, a partir de esta realidad de indiferencia, muchos interrogantes, para algunos he encontrado algunas respuestas provisorias, por ejemplo: ¿a que queda entonces reducida mi función en este oficio? Hasta ahora advierto que solo puedo asistir en tanto que anfitrión es decir dueño de casa; en particular este es un rol que me satisface enormemente. ¿Pero que hacer con el tiempo de duración de cada sesión, o del tratamiento en su totalidad? ¿Como seguir pensando en cobrar honorarios? ¿Como hacer para que ésta experiencia sea transmisible?

Estas y muchas otras son hoy día para mi, cuestiones que aun no han encontrado una respuesta; pero sin embargo debiera decir que este transitar por el borde conceptual, ajeno al rumor de la moral de los "especialistas", va permitiendo acercarme a una manera de vivir cada vez mas coherente con un modo de acercarme a lo que es mi trabajo y mi vida.